

# Revista

del COLEGIO OFICIAL  
DE MÉDICOS DE ASTURIAS



Diciembre 2021

Tribuna Libre

Tribuna Médica

Entrevista

Nuestra Gente



**Dr. Víctor Asensi Álvarez**

Catedrático de Medicina.  
Unidad de Enfermedades Infecciosas -VIH HUCA.

## **El Doctor de Luke Fildes**

**H**e seleccionado para este breve artículo sobre *Medicina y Pintura* el famoso cuadro *El doctor* realizado en 1891 por el pintor inglés Luke Fildes (1844-1927) por encargo del industrial azucarero Sir Henry Tate y que cuelga en la galería londinense que lleva su nombre.

Varios son los motivos por los que he seleccionado este óleo y que iré desglosando a continuación.

Por una parte es un cuadro figurativo de altísima calidad con un soberbio tratamiento del “claroscuro” que en nada desmerece al tratamiento de la luz que se observa en obras de Caravaggio y Rembrandt. La imagen

del doctor, que aparece en primer plano muestra la enorme categoría de Fildes como retratista, habilidad que le llevó a ser retratista oficial de la Casa Real Británica realizando los retratos del rey Eduardo VII, de Jorge V y de otros miembros de la realeza. Aunque no está totalmente claro, parece que Fildes se pintó a sí mismo como modelo del doctor, es decir, es su autorretrato oficioso y que Fildes se inspiró en la enfermedad de una de sus hijas para crear la escena.

Por otra parte este cuadro sintetiza a la perfección las estrecheces de las clases humildes en la época victoriana. Durante este período histórico del XIX en el Reino Unido, pero también

en toda Europa muchos campesinos dejaron sus pequeñas aldeas movidos por malas cosechas y atraídos por la actividad económica generada por la Revolución Industrial, se mudaban con una numerosa prole a grandes ciudades industriales (Londres, Manchester, Liverpool, París, Berlín). Allí se hacían en pequeñas habitaciones compartidas por varias familias, malvivían con sueldos miserables ganados en fábricas o minas sin las mínimas condiciones higiénicas y eran presa de muchas enfermedades, muchas de ellas infecciosas entre las que la tuberculosis tenía un papel destacado. Este ambiente decadente de las clases bajas victorianas se recoge muy bien

en las novelas de Charles Dickens y de Thomas Hardy en el Reino Unido y en las de Emile Zola en Francia. La pobreza de la familia representada en *El doctor* se manifiesta en el modesto atuendo de los padres y en la escasez y sencillez del mobiliario. La cama de la niña está hecha con dos sillas y un tosco banco de madera está dispuesto a su cabecera. La madre solloza desplomada sobre la rústica mesa y el padre, con pose hierática, apoya la mano en el hombro de su esposa como señal de consuelo. Solo las flores en la ventana ponen un mínimo contrapunto de alegría a la sordidez y dramatismo de la escena.

Asumo que la enfermedad de la niña es muy grave y por su edad debemos pensar en una patología infecciosa (escarlatina, difteria, neumonía neumocócica, tuberculosis). Es menos probable la escarlatina porque no se aprecia en la cara de la niña la rubeosis facial con el típico triángulo de Filatov de esta infección estreptocócica. Descarto las enfermedades exantemáticas de la infancia tan frecuentes (viruela, varicela, sarampión), porque no se observa ningún tipo de rash ni en la cara ni en las manos de la niña. Asumo que la enfermedad de la pequeña cursa con fiebre elevada por la presencia de un jarro, una palangana de barro y unos paños que probablemente se hayan usado para quitar el sudor corporal de la pequeña paciente. Quiero llamar la atención del lector sobre la actitud del médico, entonces meramente un vigilante de la evolución de la enfermedad sin ningún arma terapéutica a su disposición para cambiar el curso del proceso salvo quizás la administración de laúdano y/o alcanfor inyectable, meros tratamientos paliativos con efectos analgésicos y sedantes en uso en el XIX. No se disponía aún ni siquiera de antitérmicos eficaces para atajar la fiebre pues el ácido acetilsalicílico se lanzó al mercado por el laboratorio Bayer en 1899, ocho años después de la realización del cuadro. Obviamente que no se disponía tampoco de ningún



*El doctor* realizado en 1891 por el pintor inglés Luke Fildes (1844-1927).

antimicrobiano para hacer frente a las infecciones bacterianas porque las sulfamidas salieron al mercado en 1935 también desde Bayer. Su descubrimiento a partir de las anilinas, tintes usados en la industria textil, le proporcionó el Premio Nobel de Medicina a Gerhard Domagk en 1939. La penicilina apareció una década más tarde y su descubrimiento le dio el Premio Nobel de Medicina en 1945 al microbiólogo Alexander Fleming junto a los químicos Howard Floyd y Ernst Chaim. La pequeña paciente del cuadro tampoco estaba vacunada. Aunque la utilidad de la vacuna se conoce desde Edward Jenner (1749-1823), no fue hasta mediados del siglo XX cuando las vacunas se generalizaron en Europa. Por ejemplo, en España las vacunas de la viruela y difteria se hicieron obligatorias en 1944. Asumimos por tanto que la pequeña paciente del cuadro *El doctor*, al no estar vacunada, estaba expuesta a muchas infecciones de la infancia como la difteria y todas las enfermedades exantemáticas.

La pobreza del botiquín médico en el XIX y la actitud meramente “notarial” del médico ante las enfermedades infecciosas está genialmente plasmada en el libro *Diario de un joven médico* del ruso Mijail Bulgákov, un escritor que antes de dedicarse a escribir había

sido médico como lo fueron antes Friedrich Schiller, John Keats, Antón Chejov y nuestro Pío Baroja entre otros muchos. Baroja en su excepcional pero extremadamente amargo, casi cáustico libro *El árbol de la ciencia* proporciona una descripción detallada de la vida cotidiana de un médico rural en la España a caballo entre los siglos XIX-XX justamente cuando Fildes pintó el cuadro *El doctor*.

Quiero destacar que al fondo del cuadro como una puerta de salida a la sordidez y dramatismo de la escena la luz del amanecer asoma en una ventana. Ojalá ese amanecer que se intuye traiga la crisis del proceso febril y el comienzo de la curación de nuestra pequeña enferma y nuestro “doctor” pueda regresar a su domicilio satisfecho de su humanitaria labor.

Podemos decir que nuestro “doctor” en 1891 cumplía a la perfección el viejo aforismo hipocrático que dice que “*la Medicina cura poco, consuela mucho y alivia siempre*”. ■

#### Referencias

- Gifford GE. Fildes and *The Doctor*. JAMA 1973; 224: 61-63
- Bulgákov M. *Diario de un joven médico*. Alianza Editorial 2013
- Baroja P. *El árbol de la ciencia*. Alianza Editorial 2011